



Jóvenes en una América Latina enferma: desafíos para la inclusión económica

Los y las jóvenes enfrentan mayores niveles de desempleo y de informalidad, además de menor acceso a activos productivo y menores ingresos.



Desde que se detectó por primera vez en Wuhan, el COVID-19 se ha expandido sin barreras por todas las regiones del planeta. No obstante, no todos los países, ni todos los grupos poblacionales a su interior, se han visto afectados de la misma manera ni en la misma magnitud. Países con instituciones débiles, redes de seguridad social exiguas y servicios básicos insuficientes se encuentran en situaciones mucho más desfavorecidas a la hora de afrontar las crisis sanitaria y socioeconómica producto de la pandemia. De la misma manera, las desigualdades en términos de acceso a los servicios básicos, nivel de ingresos o calidad del empleo hacen que determinados grupos poblacionales se constituyan como especialmente vulnerables.

De entre todos los grupos, las personas jóvenes son quienes están

Los jóvenes enfrentan tasas de desocupación muy superiores a los adultos, lo que manifiesta grandes dificultades para encontrar trabajo. Además, aquellos jóvenes que sí resultan exitosos en su búsqueda de empleo, tienen más probabilidades de ocuparse en el sector informal que sus pares adultos.

menos expuestos a la pandemia desde el aspecto sanitario. Las tasas de contagio son más bajas entre las generaciones más jóvenes, pero son sobre todo las tasas de hospitalización y defunción entre las personas menores de 30 que marcan la diferencia. En México, los y las jóvenes entre 20 y 29 años acumulan el 13,5% de los contagios confirmados, pero sólo el 3,9% de hospitalizaciones y el 1,21% de los fallecimientos a fecha del 6 de julio. En Perú, los y las jóvenes en esa misma franja etaria constituyen el 16,9% de los contagios confirmados,



La juventud es una etapa crucial en el desarrollo de una persona marcada por hitos que marcan trayectorias de vida.

pero sólo el 0,84% de los fallecimientos a causa del virus a 6 de julio según datos del ministerio peruano de salud. Sin embargo, la menor tasa de letalidad que el virus presenta a esta población, se ve contrapesada con la mayor exposición de los y las jóvenes a la crisis socioeconómica.

De modo sintético, las personas jóvenes enfrentan una serie de factores laborales que, en contextos de crisis socioeconómicas como la actual, las hace una población especialmente vulnerable y poco resiliente. Por un lado, **enfrentan mayores niveles de desempleo y menor acceso a activos productivos**, lo que genera mayores dificultades para recuperarse de un shock y entablar nuevas actividades laborales o productivas. También presentan **mayores niveles de informalidad laboral**, por lo que no acceden a redes formales de seguridad social que les brinden protección en situaciones como estas, en que las bajas por enfermedad o pérdida del empleo proliferan. Finalmente, **reciben menores ingresos**, lo que les impide generar ahorros que les permitan subsistir en períodos de desocupación o confinamiento.

A continuación revisamos el proceso y las barreras de incorporación al mercado laboral en la juventud, el comportamiento reciente del empleo joven ante el COVID-19 con base en la información disponible en Chile, Colombia y Perú, y algunas de las razones tras la mayor exposición a la crisis socioeconómica.

Juventud y empleo en América Latina

La juventud es una etapa crucial en el desarrollo personal porque es un momento en que la autonomía intelectual, física, moral, económica, social y cultural está en consolidación (Estatuto de ciudadanía juvenil, 2013 en Ospina, 2019). Como tal, es un concepto que no alude a rangos de edad específicos, sino a una construcción social de acuerdo a su contexto. En este sentido, hace referencia a una etapa en la vida que se caracteriza por ser “de transición” desde la dependencia a la independencia y está marcada por una serie de decisiones e hitos que marcan la trayectoria de vida de las personas en su edad adulta. Una transición que se desarrolla “adecuadamente”, tiene por resultado una etapa adulta en la que se goza de autonomía y bienestar personal y familiar y se contribuye a la comunidad. Por el contrario, una transición que no se logra desarrollar en su totalidad, puede tener por consecuencia efectos negativos en el desarrollo personal y familiar, e incluso llevar a la transmisión intergeneracional de la pobreza y marginalización social (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola [FIDA], 2019; Urrutia y Trivelli, 2019).

Algunas de las transiciones claves que suceden en esta etapa son **educacionales** (abandono o culminación de estudios secundarios y continuidad con estudios superiores), **laborales y productivas** (ingreso al mundo laboral), así como **reproductivas** (inicio de la parentalidad, la vida en pareja y definición de residencia), y juegan un rol clave en la definición de aspiraciones y trayectorias de vida. Estas transiciones o hitos están interrelacionados y uno conlleva a la consecución de otros, configurando procesos que, muchas veces, lejos de ser lineales, se producen de manera fragmentada.



22%

de las personas jóvenes en Latinoamérica no estudia ni trabaja.



Uno de los desafíos más apremiantes resulta de las importantes barreras que los y las jóvenes enfrentan en su incorporación al mercado laboral y en el logro de la independencia económica. Aunque los países latinoamericanos han realizado grandes esfuerzos en la expansión de los servicios de educación primaria y secundaria y el consecuente aumento de la escolaridad, estos avances no han generado mayores facilidades para la incorporación en el mercado laboral (Rimisp, 2020). Reflejo de ello son las tasas de jóvenes que no estudian, no reciben capacitación ni trabajan, que se mantienen estáticas sin mostrar avance en los últimos años: si en 2015 el 21,7% de las personas jóvenes se encontraban en esta situación, en 2020 la cifra aumentó ligeramente a 22,4% en la región (OIT, 2020a). Es decir, la región no presenta un panorama alentador, que pareciera acostumbrarse a las personas jóvenes que, habiendo abandonado el proceso formativo, no participan del mercado laboral.

Este indicador se asocia con una fuerte exclusión de la juventud por parte de la estructura de oportunidades, por diversas razones. Se considera que hay tres tipos de jóvenes que no estudian ni trabajan: quienes buscan trabajo activamente, pero no lo encuentran; quienes no lo hacen porque se han insertado en la economía del cuidado, y quienes se encuentran en inactividad plena. Aunque esta última es producto de una desmotivación anclada en una incapacidad de encontrar empleo que lleva a no buscarlo activamente, las otras pueden derivar en ella. Si el indicador apunta hacia la vulnerabilidad de



Los y las jóvenes presentan mayores niveles de desempleo e informalidad laboral.

las personas jóvenes, además tiene un fuerte componente de género, ya que las mujeres jóvenes tienen más del doble de probabilidades de verse en esta situación que sus pares hombres: mientras que el 14,6% de los hombres jóvenes no estudian ni trabajan, el porcentaje de mujeres en la misma situación es de 28,9% (OIT, 2020a). Esto se debe principalmente a la responsabilidad que recae en ellas de encargarse de tareas no remuneradas como las domésticas y de cuidado. En este sentido, los hombres que no estudian ni trabajan, pero sí buscan empleo representan el 49%¹, mientras que las mujeres que no estudian ni trabajan debido al trabajo reproductivo representan al 70% de ellas (OIT, 2019)².

Asociadas a las crecientes tasas de jóvenes que no estudian ni trabajan, encontramos también amplias brechas intergeneracionales de desempleo. Así, los jóvenes enfrentan tasas de desocupación muy superiores a los adultos, lo que manifiesta grandes dificultades para encontrar trabajo. Además, aquellos jóvenes que sí resultan exitosos en su búsqueda de empleo, tienen más probabilidades de ocuparse en el sector informal que sus pares adultos. Cifras en las que, nuevamente, el factor género deja en posición de mayor vulnerabilidad a las mujeres (Rimisp, 2016). Resultado de todo esto es que las personas jóvenes en Latinoamérica, desde antes de la irrupción de la pandemia originada por el COVID-19, enfrentasen significativas barreras para su incorporación al mercado laboral (ver tabla 1).

Pero los y las jóvenes no permanecen estáticos ante las dificultades. Más bien todo lo contrario: muchos de ellos han adoptado estrategias de vida basadas en la fluidez geográfica, laboral, educativa. Ante las limitaciones de su entorno, las personas jóvenes se desplazan entre distintos espacios geográficos, desde sus lugares de origen hacia lugares que les brindan oportunidades de estudio o de trabajo, en esquemas de desplazamiento diario, temporal, anual o permanente. Este fenómeno es especialmente importante para la juventud rural que con frecuencia depende de la vinculación

86%

De las personas jóvenes en Perú se emplean de manera informal.

con centros urbanos y ciudades intermedias cercanos para lograr acceso a la educación o la inclusión económica. La fluidez laboral hace referencia al tránsito de los y las jóvenes por distintos trabajos para generar un ingreso suficiente, lo cual supone en muchas ocasiones alternar distintos tipos de trabajo según épocas y oportunidades. Finalmente, el paso de los y las jóvenes por la educación puede producirse de manera fragmentada con periodos intermedios de trabajo para generar los recursos necesarios para financiar la continuación hacia niveles más altos de educación.

Al hablar de juventud es importante no perder de vista que la transición e ingreso al mundo laboral y vida productiva es especialmente sensible y lejos de darse de manera lineal y progresiva, es un proceso que se da de manera fragmentada y está marcado por importantes barreras. Cómo y cuándo una persona se inserta en el mercado laboral puede tener importantes efectos que persisten a lo largo de su vida adulta. Así lo demuestra, por ejemplo, un estudio conducido en Europa por Gregg y Tominey (2005) y que advierte sobre los efectos del desempleo durante la juventud (antes de los 23) en los ingresos durante la edad adulta, especialmente cuando se da por largos periodos de tiempo. Dichos efectos en los ingresos se recuperan lentamente durante los próximos veinte años, con diferencias entre 13 y 21% respecto a quienes no experimentan periodos de paro; y, si es que la persona no experimenta nuevas épocas de desempleo, entre 9 y 11%.

Tabla 1. Diferencias generacionales en las tasas de desempleo e informalidad

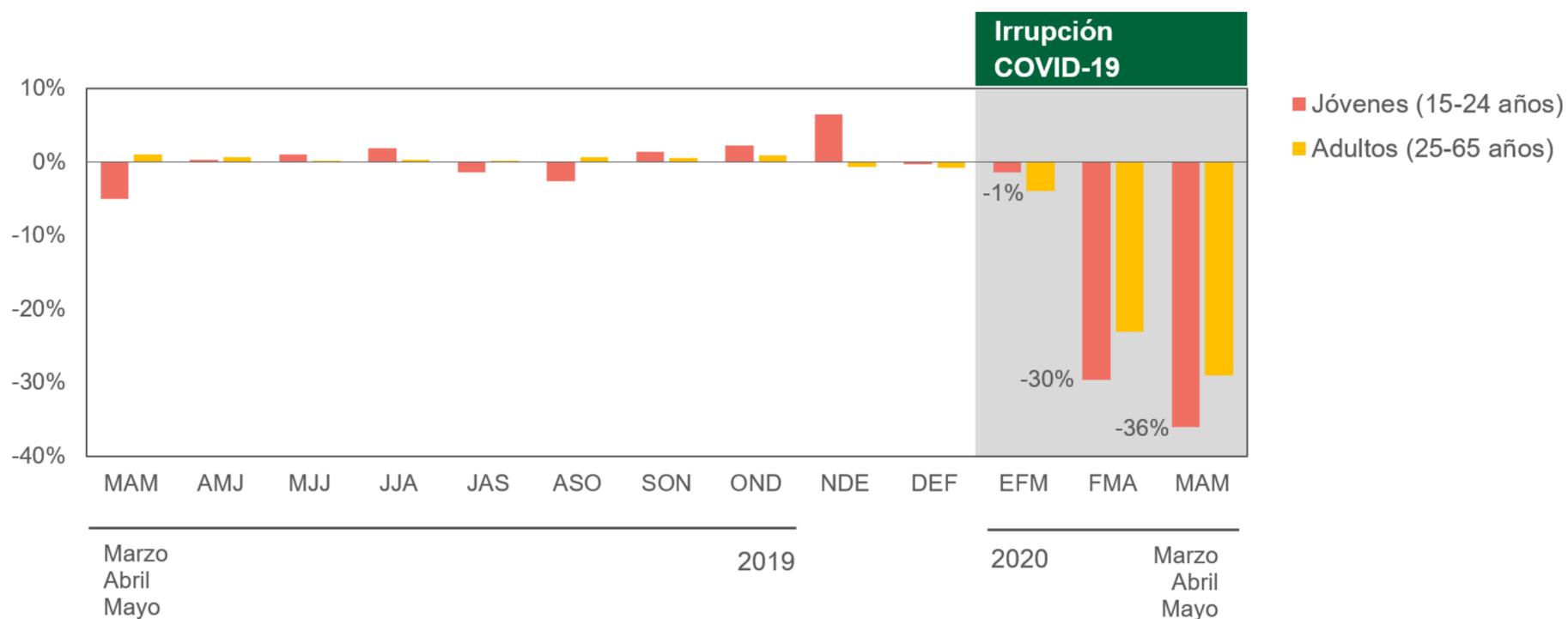
	Tasa de desempleo		Tasa de informalidad	
	Jóvenes (15-24)	Adultos (25-65)	Jóvenes (15-24)	Adultos (25-65)
Chile	21%	6%	37%	26%
Colombia	19%	8%	45%	32%
Perú	12%	4%	86%	68%

Fuente: elaboración propia con base en Gran Encuesta Integrada de Hogares 2018 (DANE - Colombia), Encuesta de Caracterización Socio-económica Nacional 2017 (Ministerio de Desarrollo Social y Familia - Chile), Encuesta Nacional de Empleo EFM 2019 (INE - Chile), y Encuesta Nacional de Hogares 2018 (INEI - Perú).

¹ Considera la búsqueda de trabajo por primera vez, grupo no menor, y la búsqueda de trabajo por desempleo.

² Considerando un rango etario entre 15 y 29 años.

Figura 1. Evolución (%) del número de ocupados en Lima Metropolitana, según trimestres móviles consecutivos



Fuente: elaboración propia con base en datos de la Encuesta Permanente de Empleo (EPE) del Instituto Nacional de Estadística (INE).

La irrupción de la pandemia en la inclusión económica de la juventud

La vulnerabilidad de la juventud se traduce en una menor resiliencia y mayor exposición a crisis de distinta índole. La actual crisis del COVID-19 no es una excepción. En este sentido, una situación de crisis prolongada puede empujar a las personas jóvenes a largos periodos de desempleo, generando dependencia, y limitar los ingresos, así como menoscabar las condiciones de empleo a las que pueda optar una vez superada la crisis. Los factores que amenazan el empleo joven en el contexto socioeconómico actual, toman mayor relevancia y los efectos laborales negativos derivados del COVID-19 que ya se hacen notar.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2020b) recientemente advertía de los impactos desproporcionados de la crisis en la juventud en base a una encuesta a escala mundial que pone de manifiesto que más de uno de cada seis jóvenes encuestados han dejado de trabajar desde la irrupción del COVID-19. Además, señala que entre aquellos que lograron mantener el empleo hasta la fecha de la encuesta, el número de horas que trabajan se redujo en un 23%.

Latinoamérica no se ha visto ajena a esta tendencia y los efectos negativos de la pandemia ya se hacen sentir con fuerza en el mercado laboral. Aquellos países con estadísticas de empleo recientes permiten observar esta evolución y evidencian las diferencias generacionales.

La figura 1 muestra las variaciones porcentuales en el número estimado de ocupados jóvenes y adultos en Lima Metropolitana en el último año, por trimestre móvil. En ella resulta evidente el impacto de la pandemia, reflejado en caídas del 24% y el 31% en el empleo en los trimestres de febrero-abril y marzo-mayo con respecto a los trimestres móviles inmediatamente anteriores. Además, al segregar por grupos etarios, es posible observar mayores fluctuaciones relativas en la ocupación a lo largo del año de los y las jóvenes, entre 14 y 24 años aquí, seguidas por una mayor afectación de la pandemia en los últimos meses.

El número de jóvenes empleados en el trimestre entre marzo y mayo de 2020 se estimó en 387,6 mil, mientras que un año antes eran 802,9 mil jóvenes quienes se encontraban ocupados. Esto supone una reducción del empleo joven en Lima de un 51%, cifra muy superior a las estimaciones de la OIT a nivel global. Por su parte, los mayores de 25 años también han visto sus oportunidades de empleo reducirse drásticamente y aquellos que se encontraban ocupados entre marzo y mayo de 2020 equivalen al 47% del número de ocupados en esa misma franja etaria en el mismo trimestre de 2019.

Con diferencias en las magnitudes, Chile y Colombia también evidencian fuertes impactos en el mercado laboral con marcadas diferencias generacionales. La tabla 2 muestra las reducciones en empleo recientemente sufridas por jóvenes y adultos durante los primeros meses de la pandemia del COVID-19 en la región.

En los tres países se ha contraído el número de ocupados en relación a los mismos periodos un año antes, con las pérdidas de ingresos y medios de vida que ello conlleva. A diferencia de Perú y Colombia, que establecieron estrictas medidas de cuarentena a nivel nacional ya en marzo, Chile adoptó las medidas de una manera más tardía y a escala local, lo cual puede explicar el menor impacto en el mercado laboral registrado en el trimestre de febrero-abril, pero también las más altas tasas de contagio y mortalidad³. Por su parte, las reducciones comparativamente más fuertes en Colombia se deben en parte a que las cifras recogidas reflejan en exclusiva la situación en el mes de abril, mientras que la visión trimestral en los otros dos países muy probablemente amortigua las cifras.

³ Según datos a fecha de 06 de julio, en Chile la tasa de contagios es de 1.575,3 infectados por cada 100 mil habitantes. En tanto, Perú y Colombia tienen una tasa de 940,3 y 233,2 contagiados por cada 100 mil habitantes, respectivamente. Estas cifras posicionan a Chile como el país con mayor tasa de contagios en el continente. Datos obtenidos de: https://elpais.com/sociedad/2020/04/09/actualidad/1586437657_937910.html

Tabla 2. Variación anual (%) en el número de ocupados, según franja etaria

	Jóvenes	Adultos	Datos disponibles
Chile	-15%	-5%	<ul style="list-style-type: none"> • Jóvenes: 15-24 años • Adultos: 25-49 años • Ámbito geográfico: total nacional • Comparación temporal: trimestres febrero-abril de 2019 y 2020.
Colombia	-37%	-23%	<ul style="list-style-type: none"> • Jóvenes: 10-24 años • Adultos: 25-54 años • Ámbito geográfico: total nacional a excepción de 9 departamentos¹ • Comparación temporal: abril 2019 y abril 2020
Perú	-28%	-23%	<ul style="list-style-type: none"> • Jóvenes: 14-24 años • Adultos: >24 años • Ámbito geográfico: Lima metropolitana • Comparación temporal: trimestres febrero-abril de 2019 y 2020

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo (INE – Chile), Gran Encuesta Integrada de Hogares (DANE – Colombia), y Encuesta Permanente de Empleo (INEI – Perú).
¹ Amazonas, Arauca, Casanare, Guainía, Guaviare, Putumayo, Vaupés, Vichada y San Andrés

También común a los tres casos resultan las diferencias generacionales que evidencian la vulnerabilidad de las generaciones más jóvenes en el mercado laboral. Las reducciones en el número de ocupados con respecto a un año antes son de 5, 10 y hasta 14 puntos porcentuales mayores entre jóvenes que entre adultos en Lima, Chile y Colombia, respectivamente.

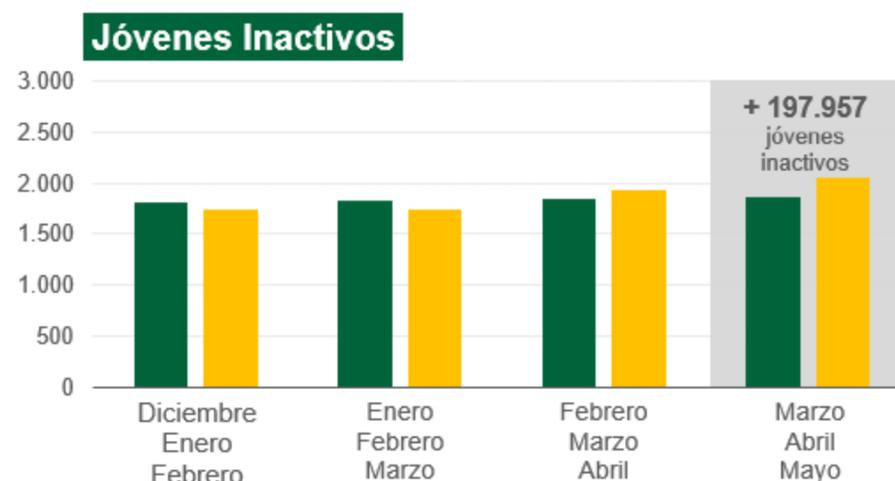
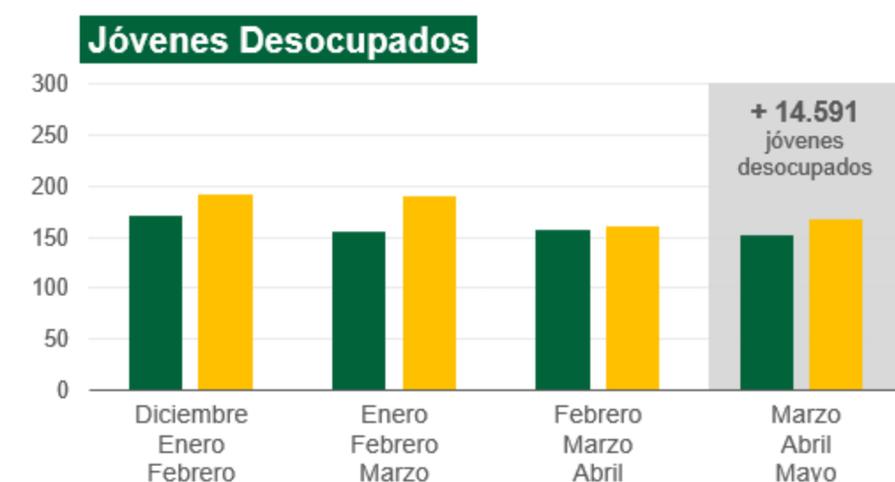
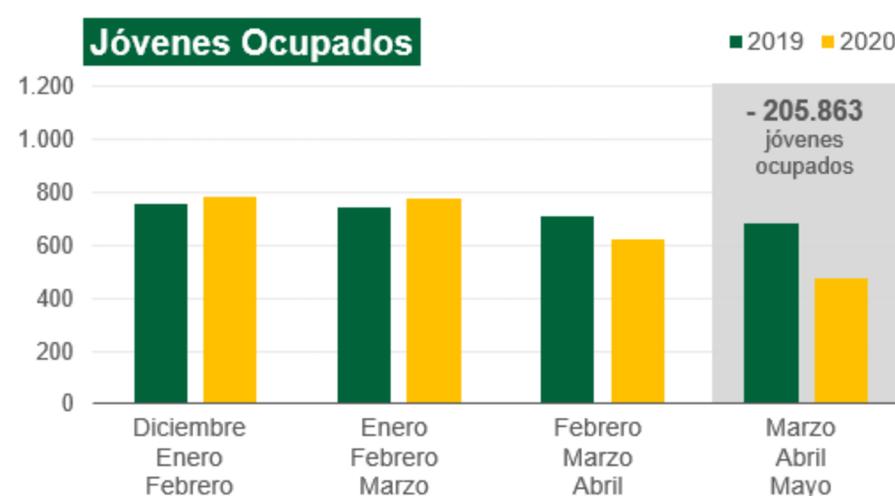
Más allá de la reducción en el número de jóvenes ocupados, la pandemia ha traído consigo un aumento en el porcentaje de jóvenes inactivos (ver figura 2). Esto apunta a que, ante la pérdida del empleo en el actual contexto, muchos jóvenes han optado por abandonar el mercado laboral en lugar de buscar otras alternativas de ocupación.

Este fenómeno se aprecia con claridad en los datos de empleo registrados por el Instituto Nacional de Estadística chileno. En el trimestre de marzo-mayo de 2019 el 25,3% de los y las jóvenes entre 15 y 24 años se encontraban ocupados. Un año y una pandemia más tarde, este porcentaje se había derrumbado hasta 17,6%. No obstante, el porcentaje de jóvenes en situación de desempleo sólo aumentó en 0,5 puntos porcentuales y fue el porcentaje de jóvenes inactivos el que absorbió a la gran mayoría de aquellos jóvenes que se cayeron de la actividad económica.

Este abandono de la búsqueda de empleo está probablemente muy relacionado con la percepción de incapacidad de encontrar trabajo en la actual coyuntura

dadas las medidas de cuarentena que han llevado al cese de una parte significativa de la actividad económica. Sin embargo, cabe recordar que la región latinoamericana ha manifestado una tendencia creciente en la proporción de jóvenes que no estudian ni trabajan. Ya en 2017, el 11,4% de las personas jóvenes chilenas entre 15 y 24 años no asistían a ningún centro educativo ni se encontraban ocupados o buscando empleo. En 2018 en Colombia y Perú, era un 14,7% y un 17,4% los y las jóvenes de esa misma franja etaria los que se encontraban en tal situación.

Figura 2. Estimación de jóvenes ocupados, desocupados e inactivos en Chile



Fuente: Elaboración propia con base en datos de la Encuesta Permanente de Empleo (INE, 2020). Datos no desestacionalizados.



Las personas jóvenes son quienes primero sufren los recortes de horas y de personal.

El ritmo con el que se supere las crisis sanitaria y socioeconómica determinará lo estructural del impacto que esta crisis está generando y si el aumento en la inactividad de los jóvenes se retrae o si supone una agudización permanente de las barreras que los jóvenes latinoamericanos ya enfrentaban antes de la irrupción del COVID-19 para su inclusión económica.

Lo que hay detrás de las cifras

Comenzábamos este análisis de coyuntura poniendo atención a las barreras estructurales que las personas jóvenes enfrentan en su transición hacia el mercado laboral. Adicionalmente, existen ciertas condiciones particulares que contribuyen a explicar la mayor afectación de los jóvenes ante la actual crisis.

En primer lugar, la **escasa experiencia laboral** lleva a que las personas jóvenes sean quienes primero sufren los recortes de horas y de personal (Kim y Puerto, 2020). No solo son las primeras bajas, también debido a su misma falta de experiencia y redes, la búsqueda de un nuevo trabajo decente se dificulta y la situación fácilmente los puede empujar a aceptar y realizar trabajos en peores condiciones que las que tenían antes de la crisis. Los empleos informales son una posibilidad, pero también lo son empleos precarios carentes de protección jurídica y social, los subempleos (jornadas parciales) o empleos temporales, además de aceptar puestos para los que están sobrecalificados. El riesgo de esto es que, una vez superada la coyuntura y se abran nuevos puestos de trabajo, las empresas y empleadores opten por aquellos jóvenes que recién egresan o por quienes cuentan con mayor experiencia laboral, dejando un grupo de jóvenes con poca experiencia laboral sumidos en el desempleo.

La falta de experiencia también afecta a los emprendedores jóvenes y las empresas y cooperativas de jóvenes, ya que ante una situación económica ajustada, la obtención de recursos y financiamiento se dificulta, lo que se suma al desconocimiento de cómo afrontar escenarios comerciales adversos y a un menor control y acceso a activos productivos.

El alto porcentaje de jóvenes que se desempeñan en **la economía informal** es otro factor que contribuye a explicar la mayor afectación ante la crisis. La informalidad supone la falta de protección social así como ahorros escasos o nulos, que impiden que las personas jóvenes puedan permitirse el confinamiento. En América Latina las personas jóvenes desempeñándose en la economía informal en 2016 superaban el 60%, cifra superior a la de las personas adultas (OIT, 2020a). Producto del punto anterior, no es alarmismo, además, suponer que las cifras de informalidad en el empleo y especialmente entre las personas jóvenes aumente en el contexto actual y en el futuro en la medida que los y las jóvenes buscan formas de generar ingresos propios. Una mayor precariedad laboral que refuerce las barreras de inclusión económica que ya enfrentaban los y las jóvenes es una muy probable herencia que nos deje el COVID-19 en la región.



62%

De los y las jóvenes latinoamericanos se desempeñaba en la economía informal en 2016.



Aparte de su participación en la economía informal, un porcentaje menor de jóvenes **tienen formas “atípicas” de empleo** (Kim y Puerto, 2020), como los trabajos de jornadas parciales (subempleo), trabajos temporales y trabajos como “colaboradores” de plataformas digitales. Estos últimos, particular pero no exclusivamente, suelen tener horarios irregulares, ser mal pagados, contar con escasa o nula seguridad en el empleo y protección social, además de que no cuentan con prestaciones por desempleo. Nuevamente esto deja a las personas jóvenes más vulnerables laboralmente ante la recesión. Trabajadores parciales y temporales son más prescindibles para las empresas que aquellos a tiempo completo y que cuentan con la protección jurídica y social de los trabajos formales.

Una cuarta razón de por qué la situación laboral derivada del COVID-19 afecta más a las personas jóvenes, se debe a que estas trabajan en **sectores de la economía que se han visto (y seguirán viendo) especialmente afectadas por la crisis sanitaria**. Es claro que no todos los sectores productivos se han visto golpeados de igual manera por la crisis. Hay sectores que se han declarado como esenciales y sus trabajadores han estado exentos de medidas de cuarentena y confinamiento. Piense el lector en rubros tales como los servicios médicos o la producción y distribución de alimentos. Otros sectores, como la administración pública, sí han estado sujetos a las medidas de reducción de contagios, pero han logrado con relativa eficacia establecer sistemas de teletrabajo que han hecho posible mantener la actividad de los trabajadores. En el otro extremo, actividades económicas como las asociadas al comercio de bienes no esenciales o la prestación de servicios de ocio se han visto profundamente afectadas por la pandemia.



Uno de cada dos jóvenes se emplea en uno de los cuatro sectores económicos más afectados por la crisis

Ante esta desigualdad sectorial, la juventud ha vuelto a perder. Uno de cada dos jóvenes se emplea en uno de los cuatro sectores económicos que la OIT (2020b) ha clasificado recientemente como altamente afectados por la actual crisis en base a análisis de datos económicos y financieros en tiempo real. Si bien estos ámbitos laborales son también relevantes para las personas adultas, el porcentaje de estas últimas ocupados en ellos es 3, 7 y 12 puntos porcentuales menor que en el caso de la juventud en Colombia, Perú y Chile respectivamente (ver tabla 3).

Los datos aquí mostrados delimitan una profunda vulnerabilidad de la juventud en su inclusión económica y ante la irrupción del COVID-19 que pone en riesgo su desarrollo personal no únicamente durante la crisis, sino también a lo largo de su vida como joven y como adulto. Siendo este un análisis de la juventud a título general, no debemos invisibilizar los mayores desafíos que enfrentan determinados jóvenes producto de sus características particulares. Si bien la heterogeneidad entre los y las jóvenes hace inabarcable abordar en este análisis de coyuntura todas sus realidades y desafíos, si queremos dirigir nuestra atención a los factores de género y ruralidad.

Si la situación de partida para afrontar laboralmente la crisis ya era más complicada para la juventud, esta se agudiza en el caso de las mujeres jóvenes: en los tres países aquí analizados, las mujeres jóvenes presentan mayores tasas de inactividad laboral, mayor desempleo, mayor informalidad laboral y menores ingresos, que sus contrapartes masculinas. Además, como se puede ver en la figura 3, en los tres países las mujeres, tanto adultas como jóvenes, tienen una mayor participación que los hombres en los sectores de la economía más afectados por la crisis.



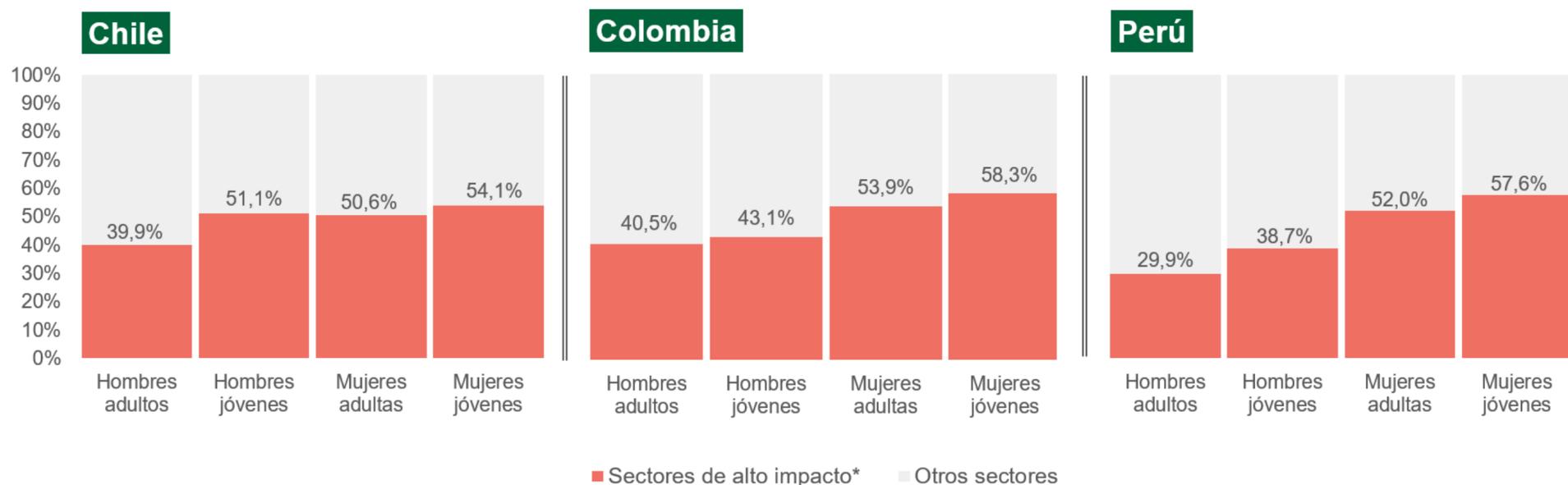
Muchos jóvenes han encontrado en las crecientes pequeñas y medianas ciudades una oportunidad para desempeñarse laboralmente y acceder a servicios de educación. Pero una de las respuestas más extendidas para luchar contra la expansión del COVID-19 ha sido la limitación de los desplazamientos entre localidades y territorios. Para muchos jóvenes rurales, cuyas estrategias de vida dependían precisamente de esta movilidad, esto supone una dificultad añadida y genera mayores probabilidades de no poder continuar con su actividad laboral o de formación.

Tabla 3. Proporción de jóvenes (15-24) ocupados en los sectores más afectados por la crisis

Sector económico	Chile	Colombia	Perú
Comercio al por mayor y al por menor	29,5%	20,8%	21,2%
Industrias manufactureras	8,3%	12,5%	9,8%
Actividades inmobiliarias, empresariales y administrativas	5,5%	6,8%	4,9%
Hostelería y alimentación	9,0%	9,0%	11,2%
Total jóvenes (15-24) ocupados en estos sectores	52,3%	49,1%	47,0%
Total adultos (25-65) ocupados en estos sectores	40,4%	46,2%	39,7%

Fuente: elaboración propia con base en clasificación de OIT (2020c) y datos de Encuesta de Caracterización Socio-económica Nacional 2017 (Ministerio de Desarrollo Social y Familia - Chile), Gran Encuesta Integrada de Hogares 2018 (DANE – Colombia) y Encuesta Nacional de Hogares 2018 (INEI - Perú).

Figura 3. Porcentaje de adultos y jóvenes ocupados en los sectores más afectados por la crisis a nivel económico, según sexo



Adultos 25-65 años; jóvenes 15-24 años.

Sectores económicos de alto impacto: Comercio al por mayor y por menor; industrias manufactureras; actividades inmobiliarias, empresariales y administrativas; y hostelería y alimentación.

Fuente: elaboración propia con base en clasificación de OIT (2020b) y datos de la Gran Encuesta Integrada de Hogares 2018 (DANE - Colombia), Encuesta de Caracterización Socio-económica Nacional 2017 (Ministerio de Desarrollo Social y Familia - Chile) y Encuesta Nacional de Hogares 2018 (INEC - Perú).

Sin embargo, las diferencias generacionales hacen que sean las mujeres jóvenes las que acumulen mayor participación relativa: 54,1% 57,6% y 58,3% en Chile, Perú y Colombia, respectivamente. Las diferencias entre sexos y generaciones son especialmente marcadas en Perú, donde la participación relativa de las mujeres en estas cuatro ramas de actividad prácticamente duplica la de los hombres adultos. Dentro de los sectores más afectados, el de hostelería y alimentación, si bien no es el de mayor peso en estos países, es el que presenta las mayores diferencias entre la participación de hombres y mujeres jóvenes. Los sectores de comercio al por mayor y al por menor en Chile y Perú, y la industria manufacturera en Chile, son los siguientes sectores con mayores diferencias.

Esta segregación laboral implica que las mujeres jóvenes están más expuestas a perder sus empleos o ver deterioradas sus condiciones laborales. Debido al impacto negativo en estos sectores, su edad y su género, presentan un alto riesgo de sucumbir a la presión de exclusión laboral y son potenciales candidatas a permanecer en la inactividad para dedicarse al trabajo reproductivo, recayendo en un estado de dependencia económica que se puede prolongar durante el resto de sus vidas.

Por su parte, la juventud rural enfrenta limitaciones propias de su entorno con menor acceso a empleo decente y servicios básicos (Rimisp, 2020). Además, el cada vez más tardío traspaso de la propiedad de la tierra y otros activos productivos de los hogares y la falta de acceso a financiación también limitan fuertemente instancias de autoempleo (Asensio, 2019). Ante esta situación, muchos jóvenes han encontrado en las crecientes pequeñas y medianas ciudades una oportunidad para desempeñarse laboralmente y acceder a servicios de educación. La conectividad entre estos centros urbanos y sus zonas rurales se constituye como uno de los recursos más importantes de los y las jóvenes rurales para lidiar con las diferentes barreras que encuentran en su transición hacia la adultez.

Una de las respuestas más extendidas para luchar contra la expansión del COVID-19 ha sido la limitación de los desplazamientos entre localidades y territorios. Para muchos jóvenes rurales, cuyas estrategias de vida dependían precisamente de esta movilidad, esto supone una dificultad añadida y genera mayores probabilidades de no poder continuar con su actividad laboral o de formación.

La población joven más preparada en riesgo de quedar varada

La situación laboral a la que se enfrentan los y las jóvenes puede llegar a significar grandes pérdidas a nivel social e individual. No se puede perder de vista que la actual generación joven, con 164 millones de personas, es la generación más grande de jóvenes que ha visto la región. Y también la más educada. La combinación del bono demográfico actual y la mayor formación y conectividad de las nuevas generaciones confiere a la juventud un alto potencial transformador y la sitúa en el punto de mira para entender el devenir de la región. Por otro lado, la combinación de la actual recesión y el impacto que puede tener en el desarrollo de las personas jóvenes hacia su adultez supone un riesgo de que los países latinoamericanos no logren capitalizar el talento y formación de la actual generación, prolongando las consecuencias de la pandemia durante décadas.

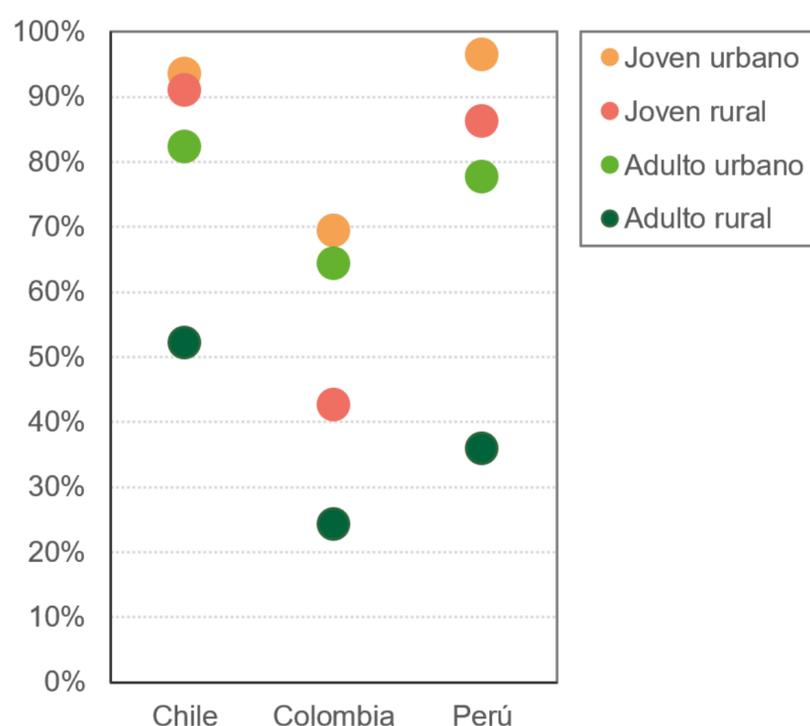
Para América Latina, la escolarización de las generaciones ha significado una importante inversión enfocada a la expansión de los servicios educacionales durante el siglo XX, así como al incentivo y prolongamiento del periodo de escolarización obligatoria de las nuevas generaciones (aunque expansión y calidad-pertinencia no han ido siempre de la mano).



La educación superior, muchas veces, se constituye como un proyecto intergeneracional entre las familias rurales.

Así, el avance ha sido especialmente notorio en las áreas rurales. El porcentaje de jóvenes rurales que han alcanzado el nivel secundario de educación llega a ser 18, 39 y hasta 50 puntos porcentuales más alto que sus pares adultos en Colombia, Chile y Perú (ver figura 4).

Figura 4. Niveles de educación alcanzados en Perú, Chile y Colombia, por generaciones y ámbito geográfico



Fuente: elaboración propia en base a datos de Encuesta Nacional de Hogares 2018 (INEI - Perú), Encuesta de Caracterización Socio-económica Nacional 2017 (INE - Chile) y Gran Encuesta Integrada de Hogares 2018 (DANE - Colombia).

No obstante, la trayectoria laboral de los y las jóvenes durante la recesión puede provocar una pérdida de ingresos significativa y persistente, que puede incluso mantenerse a lo largo de todo su desarrollo laboral y neutralizar, al menos parcialmente, las ventajas laborales de una mayor formación. Además, no debemos subestimar la relevancia de los primeros pasos de los y las jóvenes en el mundo laboral ya que la primera inserción laboral tiene un rol fundamental en la futura trayectoria laboral de el o la joven (Cavero y Ruiz, 2016 en OIT, 2019), pues si esta es formal, entonces es más alta la probabilidad de que la futura trayectoria laboral sea en las mismas condiciones.

La situación a la que se enfrentan las personas jóvenes no es menor a nivel social, pero tampoco lo es a nivel individual y familiar. El aumento de la escolarización y formación se debe principalmente a la incorporación de los grupos de población más vulnerables, incluyendo a quienes habitan las áreas rurales. Esto ha ido de la mano del establecimiento de un relato común entre las clases populares en el que

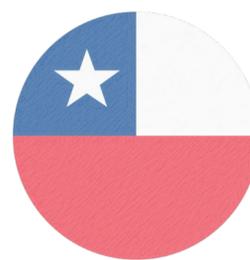
la educación es considerada la vía por excelencia para mejorar la calidad de vida de las personas⁴, donde la educación superior, técnica o profesional, se delinea como la aspiración de jóvenes y familias completas.

Aunque muchas veces es un relato común a otros grupos poblacionales, en contextos rurales, la educación superior no solo es una aspiración de los y las jóvenes en busca de una mayor inclusión económica, sino que es un proyecto intergeneracional. Sin embargo, aún existen enormes obstáculos que dificultan el acceso y culminación de los estudios (Asensio, 2019). Este es un anhelo recurrente, especialmente entre las mujeres, para quienes el deseo de escapar mediante la educación de las trampas de ruralidad se suma al deseo de escapar de las trampas de género. En estos casos, la educación puede convertirse en el eje de proyectos intergeneracionales, en los que se suman esfuerzos de madres e hijas (Asensio, 2019).

En este sentido, el impacto económico de la crisis derivada del COVID-19 puede generar que esos planes se desvanezcan por completo de muchos hogares y familias, así como queden truncados los que ya estaban en proceso debido a lo que supone la inversión en el nuevo contexto, postergando una generación más el anhelo de alcanzar mayores niveles educacionales. A nivel de país, supone no aprovechar la inversión que los Estados e individuos han hecho en cada joven que enfrenta el tránsito hacia la inclusión laboral en contexto de crisis.

⁴ El antropólogo Carlos Iván Degregori, en 1986, llamó a esto el “mito de la educación”. Ver Degregori, 1986.

Las mujeres jóvenes acumulan mayor participación relativa en los sectores económicos que la pandemia ha tenido mayor impacto.



54,1%



57,6%



58,3%



Las acciones estatales ante la juventud y pandemia



Una edición previa en esta misma serie (Fernández, Hiernaux y Morris, 2020) analizó los paquetes de medidas que los Estados latinoamericanos desplegaron para mitigar el impacto socioeconómico de la pandemia a través de la protección de los ingresos de los hogares, el empleo y las micro, pequeñas y medianas empresas. Si bien estas medidas no están limitadas a determinados rangos etarios, muchos jóvenes caen fuera de estas categorías dados sus propios desafíos y vulnerabilidades.

La efectividad de las ayudas de protección del empleo para contener la crisis depende de los contextos laborales de los países, siendo especialmente oportunos en aquellos con mayor prevalencia del empleo formal, puesto que esto permite la intervención a través de los mecanismos formales ya consolidados. Por otro lado, en contextos en los que la informalidad se encuentra muy extendida, estas estrategias pueden resultar menos factibles y cobran mayor relevancia las medidas de apoyo directo a los hogares (Fernández, Hiernaux, Morris, 2020). Ante esta situación, las mayores tasas de informalidad que los y las jóvenes enfrentan invitan a pensar que las medidas de apoyo directo podrían ser más oportunas que las primeras. No obstante, las propias barreras en su inclusión económica mantienen a muchos jóvenes en una situación de semidependencia de los progenitores que les impide configurarse como hogares independientes y, por lo tanto, como posibles beneficiarios de las medidas de apoyo a los hogares. Si bien se benefician indirectamente de las transferencias que reciben los hogares, suelen ser excluidos de las decisiones sobre el uso destinado a los fondos. A esto se suma el menor acceso a activos productivos y financiación de las personas jóvenes, que limita las oportunidades de emprendimiento y también hace menos relevantes las medidas orientadas a emprendedores para proteger a la juventud de la tormenta.

Sobre esta misma situación, es importante considerar que, ante la omisión de las condiciones de informalidad, las consecuencias tienen un importante factor de género. Son ellas, las mujeres jóvenes, quienes están sobrerrepresentadas en la economía informal y quienes mayormente absorberán los efectos negativos del COVID-19 sobre el mercado laboral. No abordar el trabajo informal desde una perspectiva de género significa que los Estados latinoamericanos, nuevamente, quedan en deuda con las mujeres y su desarrollo personal. Como se trató en números anteriores, si bien varios países han ampliado los programas de transferencias monetarias existentes, pocos han sido los que consideran un enfoque de género (García et al., 2020).

Ante la ola arrolladora de la pandemia, es importante no perder a la juventud de vista. La región latinoamericana atraviesa una situación de bono demográfico con una ingente cantidad de jóvenes. Quienes, a pesar de las dificultades, continúan buscando y encontrando numerosas alternativas para incorporarse a la fuerza de trabajo, aunque no siempre logren hacerlo en las condiciones óptimas. A pesar de los aspectos positivos que implica el bono demográfico, trae aparejadas ciertas dificultades en la inclusión económica de los y las jóvenes, lo que es especialmente evidente, pero también con frecuencia olvidado, en lo que concierne a la juventud rural. Así, no obstante de las potencialidades de los y las jóvenes rurales para contribuir al devenir de sus territorios y países, los programas públicos que se dirigen explícitamente a ellos –de manera que promuevan y desplieguen su mayor formación, conectividad y flexibilidad–

son, desde antes de la pandemia, pocos y poco dotados de presupuesto (Rodríguez, 2018). La actual crisis supone, así, un nuevo riesgo de alejarnos aún más del objetivo de garantizar la inclusión económica de las nuevas generaciones y poder capitalizar sus capacidades, si no se apoya de una manera sólida a los y las jóvenes latinoamericanos.

Junto a la búsqueda de opciones que tomen en consideración la situación particular de las personas jóvenes, es especialmente importante sentar las bases para la generación de no sólo empleo, sino empleo de calidad. De lo contrario, la pandemia podría dejar como herencia un retroceso en la tendencia a la reducción de la informalidad en la región y una mayor precariedad en el empleo donde, como casi siempre, los principales perjudicados serán los jóvenes. En este sentido, es imprescindible que las necesidades particulares de los y las jóvenes no pierdan la importancia que tienen y que se adopte una visión amplia de la inclusión económica. Las políticas enfocadas a la inclusión económica de los y las jóvenes deben considerar que, junto a los esfuerzos educacionales que se han desarrollado hasta hoy y a los incentivos a la inserción laboral de las personas jóvenes, es también fundamental elevar la empleabilidad de las personas jóvenes de forma sostenida, lo que implica tener una visión de largo plazo, y no solo inmediata, sobre su inclusión económica.

En todo esto es igualmente fundamental considerar el factor género, y establecer las bases e incentivos apropiados para evitar que la creciente inactividad derivada de la pandemia se traduzca en una situación permanente de dependencia económica para las nuevas generaciones de mujeres latinoamericanas producto de la exclusión del mercado laboral y del trabajo reproductivo.

Autores

Miguel Albacete – Investigador de Rimisp – Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural

Tatiana Aguirre – Asistente de investigación de Rimisp – Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural

Referencias

- Asensio, Raúl H. (2019), “*Superando el muro: rutas (y frustraciones) de inclusión económica de los jóvenes rurales latinoamericanos*”, Serie documento de trabajo N° 261. Rimisp. Santiago de Chile.
- Degregori, Carlos Iván (1986), “*Del mito de Inkarrí al mito del progreso: poblaciones andinas, cultura e identidad nacional*”, *Socialismo y participación*, N.º 36, pp. 46-55
- Fernández, Ignacia; Hiernaux, Lola y Morris, Pablo (2020), “*Protección del empleo e ingreso en tiempos de pandemia. Medidas adoptadas en América Latina*”. Serie Análisis de Coyuntura N°3. Rimisp. Disponible en: <https://webnueva.rimisp.org/wp-content/uploads/2020/05/03-Covid-19-Pol%c3%adticas-sociales.pdf>
- FIDA (2019), “*Creating opportunities for rural youth: 2019 Rural Development Report*”. FIDA. Roma.
- García, Daniela; Aguirre, Tatiana; Molina, Celeste y Romero, Magaly (2020), “*La situación de las mujeres en la región: intensificación de la carga de trabajo y violencia de género durante la pandemia*”. Serie Análisis de Coyuntura N°5. Rimisp. Disponible en: <https://webnueva.rimisp.org/wp-content/uploads/2020/05/05-Covid-19-Mujeres.pdf>
- Gregg, Paul y Tominey, Emma (2005), “*The wage scar from male youth unemployment*”. *Labour Economics*, Vol. 12, N° 4. doi:10.1016/j.labeco.2005.05.004
- Kim, Kee y Puerto, Susana (2020). “*Las consecuencias económicas de la crisis del COVID-19: Un duro golpe para los trabajadores jóvenes*”, *Organización Internacional del Trabajo*. Disponible en: https://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_741746/lang--es/index.htm?shared_from=shr-tls
- OIT (2019), “*Entre el bono demográfico y los ninis: Empleo juvenil. Una mirada a Latinoamérica y a Bolivia*”. Oficina de la OIT para los Países Andinos. Lima.
- OIT (2020a), “*Global Employment Trends for Youth 2020: Technology and the future of jobs*”. International Labour Office. Geneva.
- OIT (2020b), “*Observatorio de la OIT: El COVID-19 y el mundo del trabajo*”, Organización Internacional del Trabajo, cuarta edición. Disponible en: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/documents/briefingnote/wcms_745965.pdf
- OIT (2020c). “*Observatorio de la OIT: El COVID-19 y el mundo del trabajo*”, Organización Internacional del Trabajo, Segunda edición. Disponible en: <https://www.oitinterfor.org/sites/default/files/observatorioOIT.pdf>
- Ospina, Claudia (2019), “*Estudio de trayectorias y aspiraciones de jóvenes rurales en México*”. Serie documento de trabajo N° 259. Rimisp. Santiago de Chile.
- Rimisp (2020), “*Informe Latinoamericano Pobreza y Desigualdad 2019*”. IDRC-FIDA. Santiago de Chile.
- Rimisp (2016), “*Informe Latinoamericano Pobreza y Desigualdad 2015*”. IDRC-FIDA. Santiago de Chile.
- Rodríguez, Jorge (2018), “*Comportamiento del gasto público para la inclusión económica de la juventud rural en Ecuador, Colombia, Perú y México*”. Serie documento de trabajo N° 243. Rimisp. Santiago de Chile.
- Urrutia, Adriana y Trivelli, Carolina (2018). “*Geografías de la resiliencia. La configuración de las aspiraciones de los jóvenes peruanos rurales*”. Documento de Trabajo N.º 243. IEP-Rimisp. Disponible en: <http://repositorio.iep.org.pe/handle/IEP/9>